

EDITORIAL

Aquello que nos trasciende y que al tiempo suscita deseo de alcanzarlo, la mayoría de veces quiebra el lenguaje de la demostración y sólo queda representarlo, es decir, convertirlo en arte. Siro López lo expresa así: Cuando algo no se puede poseer, se pinta; cuando no se puede besar, se hace melodía; cuando no se puede hablar, se danza; cuando no se puede resucitar, se hace verso¹, cuando no se puede desplegar se embellece un espacio.

El artista, maravillado por la realidad que experimenta o intuye, quiere mostrarla y hace del arte sacramentalidad interpelante, llamada a la participación del misterio que el arte mismo transparenta.

En Occidente, la creación artística fue predicación *sin discurso*. Víctor Hugo llega a decir que “en la Edad Media, el género humano no pensó nada importante que no esté escrito en piedra”.² Las ideas se materializaban y se revestían de formas sensibles; también las palabras se hicieron música, drama, poesía.

El arte ha estado íntimamente unido a la existencia humana, a su modo de vida y, en su hondón, cerca del misterio de la belleza de Dios que nos habita. Hoy, nos experimentamos inmersos en un sinnúmero de claves simbólicas, pero quizás perdidos del sentido de la existencia y del secreto o *zarza ardiente* que se esconde tras los seres y las cosas.

La necesidad del creyente de moverse en un lenguaje simbólico para expresar y recrear la vida en sus

1. LÓPEZ, S., “Estética renovada y compartida”, en *Misión Joven*, 280, CCS, Madrid, 2000, p. 25.

2. GINEL, A., “Arte y fe: necesidad y camino del creyente”, en *Misión Joven*, 280, CCS., Madrid, 2000, p. 7.

distintas dimensiones con referencia a la experiencia mística, lleva a la pregunta de cómo articular arte y fe. ¿Cuáles son sus afinidades y diferencias? Si a través de la estética se llega a comprender la vivencia de la fe como amor, ¿habremos perdido una de las experiencias esenciales de acceso a Dios? Y por otro lado, ¿es la fe impulso para la creación artística? ¿Cómo lo viven artistas creyentes?

Una de las vertientes de la obra es su capacidad de transmitir sentido, valor, afecto, en el juego de confrontación y el diálogo creador entre artista y receptor a partir de la experiencia ¿cómo se da la convergencia de la experiencia de fe y la creatividad artística en la conciencia del sujeto humano? A su vez, esta experiencia de fe y experiencia creativa reclaman una respuesta en el obrar. ¿Se puede concretar en la creación artística el compromiso con valores como el amor solidario?

No siempre el lenguaje artístico coincide con experiencias verdaderas o con intencionalidades éticamente buenas. La experiencia de fe ha de incidir en la cultura, en su conformación con el querer de Dios para una vida más libre y valiosa, para que la creación vaya siendo liturgia cósmica, preludio de la gran *doxología* final.

Este interés invita a seguir reflexionando sobre temas como la relación de categorías antropológicas y teológicas para un arte propio del Reino, a conocer más sobre el condicionamiento subjetivo en la experiencia artística y de fe, a determinar la naturaleza de la mirada en la percepción de lo divino, a lograr algo tan prometedor para hombres y mujeres de hoy como es hacer de la obra artística ámbito de encuentro de la ética y de la estética, forma transparente de una vida consistente y llena de esperanza.

Los interrogantes formulados, junto con otros temas sugerentes, ocupan a los autores de los artículos de este número de *Theologica Xaveriana*, a partir del quehacer de la poesía lírica y la novela, del diseño arquitectónico, la música, y la contemplación estética de Dios encarnado.